

antes de morir que pudiese en sus manos, en tiempo oportuno, las reliquias de aquel pie, que se creían perdidas y que él había recogido y conservado.

Otras pinceladas, según los datos verídicos que he adquirido, servían para hacer resaltar más los rasgos característicos del personaje que mucho tiene que figurar en la Historia.

Cuando se le presentaba alguno de sus antiguos subordinados, recíbele de pie, y avanzando luego hacia él y dando con el bastón repetidos golpes en el suelo, indicio cierto de su excitación nerviosa, le preguntaba:

—¿Quién eres tú?

—Soy Fulano de Tal, el antiguo asistente de Vuestra Excelencia, que á mucha honra



ENTIERRO DE FRONTERA.—ESQUINA DE GUARDIOLA Y SANTA ISABEL.

tuvo el pelear contra los *yankees*, siendo prueba de ello estas cicatrices.

—Supongo que te habrán ascendido.

—¡Oh! no señor, soy sargento como siempre.

—¿Qué me dices, hombre!... eso no puede ser. Y al repetir sus frases, agitaba más y más el bastón, haciéndolo sonar fuertemente contra el suelo y luego añadía:

—Toma hombre, toma, é impacientándose porque en sus bolsillos no hallaba la moneda que dar quería, retirábase de la sala para volver en seguida con uno ó dos pesos que entregaba á su antiguo compañero de armas.

El 21 de Junio de 1876 dejó de existir, á los 84 años de su edad, el tantas veces célebre Don Antonio López de Santa-Anna, aquel que en vida llegó á ostentar las ínfulas de un Rey

sin empuñar el cetro. Su cadáver fué conducido al panteón del Tepeyac, sin honores militares, ni más acompañamiento que el de unos cuantos leales amigos.

*Sic transit gloria hujus mundi.*

\* \* \*

El otro acontecimiento á que me referí al principio de este artículo, es el que en seguida paso á relatar.

No ya la adulación ni el imbécil furor popular, sino el patriotismo fué el que desarrolló otra escena conmovedora, digna de eterna recordación.

Era el día 17 de Septiembre de 1848. La aurora de esa mañana fría y nebulosa, fué sa-

ludada por las salvas de artillería que anunciaban á la ciudad el imponente acto que iba á verificarse para trasladar los restos de cuatro héroes que perdieron la vida, un año antes, defendiendo á la patria contra los invasores norteamericanos.

Desde el templo de Jesús en que se hallaban depositados esos restos, hasta el Panteón de Santa Paula, señalábanse las calles de la carrera por los cortinajes blancos con moños negros que adornaban puertas y balcones. Esas calles eran las de Jesús, Portacœli, Flamencos, frente de Palacio, frente de Catedral, Plateros, Profesa (3ª de San Francisco), 2ª de San Francisco ó del Correo, (\*) 1ª de San

(\*) Esta oficina estaba entonces en dicha calle, en una de las casas de Borda, hoy Palacio de Cristal.

Francisco hasta la esquina de la del Monte Pío (1) ó San Juan de Letrán, Santa Isabel y siguientes hasta el Panteón.

He aquí el orden de la fúnebre procesión:

1 Descubierta de Caballería de la Guardia Nacional.

2 Guardia alemana (2) en guerrilla.

3 Guardia francesa con las armas á la funerals, llevando los oficiales al brazo un crespón negro.

4 Batallón Nacional "Mina" con cuatro piezas de artillería.

5 Cuerpos nacionales *Hidalgo, Victoria, Independencia y Bravos*, con armas á la funerals.

6 Alumnos del Colegio Militar, con un estandarte negro con esta inscripción: *A los que murieron por la patria.*

7 Preste y acólitos con ciriales, cruz alta y aceite.

8 Restos de los patriotas FRONTERA, CANO, PÉREZ y XICOTÉCATL, cuyos ataúdes iban conducidos, respectivamente, á hombros de cuatro sargentos. (3)

9 Carro fúnebre cubierto con un gran paño negro y sobre el cual posaba una águila dorada que con sus garras sostenía la misma vestidura y un estandarte. Llevaban los cordones algunos inválidos.

10 Grupo de inválidos con estandartes.

11 Cuatro caballos enjaezados.

12 Cuatro maceros vestidos de negro.

13 Tercer Regimiento ligero, con armas á la funerals.

14 Los colegios de San Ildefonso, San Juan de Letrán, San Gregorio, Seminario y Minería.

15 Particulares de riguroso luto.

(1) El Montepío ocupaba entonces la casa que hoy es del Sr. García Torres.

(2) En esa época luctuosa para México, las colonias extranjeras habían tomado las armas para conservar el orden en la ciudad, á fin de dejar expedito al Ejército y Guardia Nacional para combatir al invasor.

(3) El General Frontera sucumbió en la batalla del 19 de Agosto contra el invasor norteamericano, en Padierna. El General Pérez, el Teniente Coronel Don Juan Cano y el Coronel Xicotécatl, fueron muertos por el mismo invasor en su ataque á Chapultepec el día 13 de Septiembre de 1847.

16 Jefes y oficiales del Ejército y Guardia Nacional.

17 Ayuntamiento.

18 Varias corporaciones.

19 Secretarios de Relaciones, Justicia y Guerra, que presidían el duelo.

La comitiva llegó al Cementerio de Santa Paula y se agrupó en torno de una pira que al costado derecho de la Capilla se había levantado, en tanto que los Cuerpos Nacionales Hidalgo, Victoria, Independencia y Bravo formaron en el fondo del Cementerio y las guardias alemana y francesa custodiaban la entrada del Panteón. En la tribuna preparada al efecto, leyéronse por el Licenciado Don José María Lacunza, varias inscripciones latinas en nombre del Vicario Capitular y pronunciaron notables y patrióticos discursos los Generales Don Santiago Blanco y Don José María Gonzalez Mendoza, así como sentidas poesías los señores Don Guillermo Prieto y Don Félix María Escalante, un oficial de Guardia Nacional y un alumno del Colegio de San Gregorio.

Terminada la ceremonia, depositáronse los ataúdes en sus respectivos nichos, en el ala derecha del Panteón, y un alumno del Colegio Militar colocó, en nombre de sus compañeros, la bandera de que se ha hecho mención, á tiempo que la artillería de Mina hacía la correspondiente salva fuera del Panteón y los demás cuerpos las de fusilería dentro de él.

Las inscripciones á que he aludido escritas en las lápidas que cubrieron los sepulcros, fueron las siguientes:

Estrenno ac invicto Joanni Cano

Hoc sepulcrum donat.

Mexicanae Ecclesiae

XV. Kalendas Octobris anno

MDCCCXLVIII

Ecclesia Mexicana

Hic Quiescere Decrevit.

Joseph Frontera

Gloria et honore coronatus.

XV. Kalendas Octobris anno

MDCCCXLVIII

Joanni N. Perez

Militari Gloria Claro

Mexicanae Ecclesiae

Hoc tumulum

Dicavit.

XV Kalendas Octobris anno

MDCCCXLVIII

Obiit sed in Æternum vivit  
 Filipis Xicotencatl  
 Hic Quiescendo  
 Munificentia Mæxicanæ Ecclesiæ  
 XV. Kalendas Octobris anno  
 MDCCCLXVIII

Costumbre fué, y muy arraigada, la de enterrar á los muertos en el interior de los templos y en sus atrios, y á pesar de las repetidas disposiciones de la autoridad no empezó á desterrarse de la ciudad sino hasta el año de 1836, en que el activo y probo Don Vicente García, Administrador del Hospital de San Andrés, obtuvo permiso del Gobernador de la Mitra, después Arzobispo de México, Doctor Don Manuel Posada y Garduño, para edificar un Panteón General en el antiguo Campo Santo que cerca de la iglesia parroquial de Santa María la Redonda fundó en 1784 el Arzobispo Don Alonso Núñez de Haro y Peralta, para enterrar en él á los que fallecieren en el expresado Hospital. Por acuerdo del Ayuntamiento fué declarado el nuevo establecimiento Cementerio General con el título de Santa Paula, confiándose la ejecución de la obra al mencionado administrador, señalándose para sufragar los gastos algunos productos de las rentas del mismo Hospital y de los créditos que le reconocía el Gobierno General por asistencia y auxilios que había impartido á individuos del Ejército.

Con el aumento del terreno del nombre de Santa Marta, comprado por el mismo señor García, el Panteón de Santa Paula llegó á poseer una superficie de 37,800 metros cuadrados, y adquirió la tan deseada preponderancia, ostentando una buena Capilla, de la que se ha hecho mención, en cuyo altar se veneraba una hermosa pintura de Cabrera que representaba á Nuestra Señora de las Angustias, más de mil doscientos nichos, grandiosos monumentos como el muy notable de Esnaurrizar, y bellos jardines de plantas y flores olorosas que perfumaban el ambiente; mas con la muerte del señor García, acaecida en 1851, todo empezó á decaer rápidamente hasta el grado de convertirse el Panteón en un fangal; desaparecieron las hermosas plantas para dar lugar á la rastrera hierba, y el fragante aroma de las flores y de los azahares fué substituido por un hedor nauseabundo é insoportable, y

así prosiguió el Cementerio por la vía de su decadencia hasta su clausura, con aplauso general, en 1871.

#### LA VERBENA DEL DIA DE MUERTOS.

El día de Todos Santos en la tarde unos pobladores de la Capital concurrían, como hoy, á los templos para visitar las reliquias de los bienaventurados que en ellos se veneran, (\*) y otros dábanse prisa para disponer todo lo concerniente á la compostura en los panteones de los sepulcros y monumentos que habían de aparecer al día siguiente vestidos de gala. Con este fin las familias remitían á los expresados cementerios candeleros y cirios, jarrones y tibores, coronas de chaquiras, azabache ó de flores artificiales y cuantos adornos le sugería el acendrado cariño hacia sus deudos difuntos, ó bien su vanidad, porque de todo hay en la vida del Señor, según observar puedes, lector amigo, en los tiempos que corren. Al día siguiente, muy de mañana, completábanse aquellos adornos con ramos y coronas de frescas y olorosas flores, se asistía á los templos para oír una ó las tres misas que en tal día dicen los sacerdotes y daba principio la visita á los panteones. Omnibus, guayines y coches particulares y de providencia, como si se tratase de una gran verbena, no cesaban de transportar gente rica y de mediano porte, en tanto que la del pueblo, formando cordones apenas

(\*) Las reliquias de los santos existentes en la Capital que se exponían al público en tal día, eran las siguientes:

San Primitivo, San Teófilo y Santa María, en la Catedral.

San Plácido mártir y San Vicente, niño y mártir, en la Colegiata.

Santa Ceieste mártir, en Loreto.

San Clemente, Santa Cándida, Santa Rubrineta, San Rufo y un hueso del dedo pulgar de San Juan Nepomuceno, en la Enseñanza Antigua.

Santa Felicitas mártir, en Santa Teresa la Antigua.

San Adesdato mártir, en Santa Teresa la Nueva.

San Vicente mártir, en Balvanera.

San Plácido mártir, en la Concepción.

Santa Victoria mártir, en la Encarnación.

San Incundo mártir, en la iglesia grande de San Francisco.

Santa Clemencia, vestida á la romana, en el Tercer Orden.

interrumpidos, se dirigía á ellos á pie, llevando no pocos individuos sus provisiones de boca en las que como elemento principal contábase el pulque, precaución inútil, por cuanto á que en las inmediaciones de los panteones les esperaban los puestos de fritangas y de la popular bebida.

A las diez de la mañana todo estaba listo en los panteones á los que llegaban unos, según he manifestado, querido lector, para entregarse á la oración y llorar, y otros para divertirse y reír; aquéllos para exponer su angustia y éstos para ostentar su vanidad. Mezcla extraña de encontrados sentimientos por la que no dejarás de preguntar: ¿cómo será fácil distinguir, entre tantos que visten de negro, los que llevan luto en el corazón de los que se hallan tan sólo animados por sus pensamientos verdes? Observa con atención, te contesto yo, á los primeros en el cementerio y en el paseo, sin preocuparte en nada con el vestido negro, que es el disfraz que en tal día de carnaval á muchos corresponde.

Aquella gente, con excepción de los que iban guiados por un puro sentimiento y á los que no alcanza la crítica, se derramaba por las galerías y prados de los cementerios demostrando cada individuo sus tendencias y los diferentes sentimientos de que se hallaba poseído. Los elegantes, de flamante luto, andaban en busca de corazones heridos por el amor y los desarraigados con su medio luto de pura mugre, deslizábanse á caza de relojes y de los objetos mal parados en las tumbas: embriagados aquéllos con los humos de su petulancia é indiferentismo, y ebrios éstos con los espíritus del pulque ó del aguardiente, pero todos profanando aquellos lugares del eterno reposo de varias generaciones.

Durante la visita á los panteones, los que ya habían pagado su tributo á la naturaleza esperando el juicio de Dios, alcanzaban en tales momentos el juicio de los hombres, tanto más tremendo, cuanto que no es como el de Aquél, justo y misericordioso. Al leer los epitafios, en su mayor parte pomposamente inscritos, la crítica no se limitaba á reprobar sus rimbombantes conceptos que hacían aparecer los cementerios como los sagrados depósitos de cuerpos gloriosos de puros ángeles, sino

que hacía resaltar los vicios y defectos de que habían adolecido en vida aquellos que, víctimas de la muerte, yacían tranquilos en sus tumbas.

Si el epitafio enumeraba las prendas de un caballero ó las virtudes de una dama, no faltaban quienes propalasen ideas contrarias, manifestando que el primero había sido un agiotista ladrón y la segunda una Mesalina. Para que no abrigues duda, querido lector, acerca de tales hechos aunque, por fortuna, no generales, te refiero que hace poco tiempo escuché frases semejantes de un individuo—¡caso estupendo por extraordinario!—quien no conformándose con palabras injuriosas puso su pie con gran desacato y desprecio sobre la losa funeraria. ¡Oh caridad cristiana! ¿por qué te has alejado de los hombres?

Por el estilo seguía la crítica ensañándose con los muertos; de suerte que todos aquellos modelos de virtud que como tales hacía aparecer el tierno amor, la gratitud ó la petulancia, si se quiere, tornábanlos la maledicencia en ejemplares del vicio y de la maldad.

Que muchos títulos pomposos de los epitafios con que se quiere enaltecer la memoria de los hombres sean dignos de censura, nadie puede negarlo, y más cuando aquéllos ofrecen composiciones de poetas ramplones, que en cada verso asientan una herejía, ó por lo menos, frases poco pulcras, como las que se registran en las revistas de los panteones. Todos esos epitafios son dictados en los momentos en que el dolor impera sobre la razón, motivo por el cual pocos, muy pocos, aparecen con ideas correctamente expresadas. En esas manifestaciones obra, á veces, la hipocresía, y para probar esto que digo, bondadoso lector, remítome á un hecho como el que te voy á contar:

En Santa Paula, en ese gran cementerio que por completo ha desaparecido á fin de extender por ese rumbo la planta de la ciudad, había entre sus millares de lápidas una que llamaba fuertemente la atención por los tiernos conceptos que expresaba, finalizando con estas frases:

“Su afligida esposa lo llorará eternamente.”

Quién había de decir que un mes después de hallarse allí sepultado aquel modelo de los